

Fiesta de San Juan Diego  
Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe  
La Crosse  
9 de diciembre de 2017

1 Cor. 1, 26-31  
Sal. 131, 1. 2. 3  
Mt. 11, 25-30

## Homilía

*¡Alabado sea Jesucristo!*

La fiesta de San Juan Diego que hoy celebramos con gran alegría nos invita a considerar personalmente las palabras de San Pablo a los primeros cristianos en Corintios:

Considerad, si no, hermanos, vuestra vocación; porque no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que Dios escogió la necedad del mundo para confundir a los sabios, y Dios eligió la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; escogió Dios a lo vil, a lo despreciable del mundo, a lo que no es nada, para destruir lo que es, de manera que ningún mortal pueda gloriarse ante Dios<sup>1</sup>.

Las inspiradas palabras de San Pablo nos recuerdan que Dios cuenta con todos nosotros – sin importar cuán talentosos, ni cuán educados seamos, ni a qué clase social pertenezcamos – para colaborar con su Hijo Unigénito Encarnado, Cristo Nuestro Señor, en su misión de salvar el mundo. San Pablo concluye que es en Jesucristo que tenemos vida y santidad y que, por tanto, cuando nos gloriamos, no nos gloriamos en nosotros mismos, sino que nos gloriamos en el Señor<sup>2</sup>, de la obra de la gracia divina derramada en nuestros corazones al brotar de su glorioso Corazón traspasado.

Claramente, Juan Diego se consideraba a sí mismo indigno de la misión que la Madre de Dios había confiado entre sus manos durante las apariciones en el Tepeyac desde el 9 hasta el 12 de diciembre de 1531. Nuestra Señora, después de haberlo enviado a visitar por primera vez al obispo Juan de Zumárraga, se le apareció por segunda vez. Juan Diego explicó a Nuestra Señora

---

<sup>1</sup> 1 Cor. 1, 26-29. [En ésta y en las próximas citaciones bíblicas utilizamos la siguiente traducción española: Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (1997-2016). *Sagrada Biblia*. Versión Kindle. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, S. A.]

<sup>2</sup> 1 Cor. 1, 31: «El que se gloríe, que se gloríe en el Señor».

la reacción escéptica del obispo ante el pedido que ella le había hecho a través suyo. Declaró con cierta emoción:

Bien en ello miré, según me respondió, que piensa que tu casa que quieres que te hagan aquí, tal vez yo nada más lo invento, o que tal vez no es de tus labios; mucho te suplico, Señora mía, Reina, Muchachita mía, que, a alguno de los nobles, estimados, que sea conocido, respetado, honrado, le encargues que conduzca, que lleve tu amable aliento, tu amable palabra para que crean. Porque en verdad yo soy un hombre de campo, soy mecapal, soy parihuela, soy cola, soy ala; yo mismo necesito ser conducido, llevado a cuestras, no es lugar de mí andar ni de mí detenerme allá a donde me envías. Virgencita mía, Hija mía menor, Señora Niña; por favor, dispénsame: afligiré con pena tu rostro, tu corazón; iré a caer en tu enojo, en tu disgusto, Señora Dueña mía<sup>3</sup>.

Ante el desafío de la misión, Juan Diego fue siempre dócil y obediente; pero, al mismo tiempo, dudaba que él pudiera llevar a cabo todo lo que Dios le estaba pidiendo. Cuando la tarea le pareció particularmente difícil, encontró excusas por las cuales la misión debería ser encomendada a alguna otra persona.

Sin embargo, Nuestro Señor mismo nos enseña que Dios revela su voluntad a los «pequeños<sup>4</sup>», a aquéllos que —como Él— son «manso[s] y humilde[s] de corazón», a aquéllos que reconocen que todo lo que son y tienen proviene de las manos de Dios y que ponen toda su confianza en Él. Nos asegura que, si hacer su voluntad es arduo y requiere mucho empeño, Él nos aliviará<sup>5</sup>. Utilizando una imagen de la agricultura para describir nuestra colaboración con Él para la salvación del mundo, Él nos anima a llevar su yugo<sup>6</sup> sobre nuestros hombros. Dice: «... porque mi yugo es suave y mi carga ligera<sup>7</sup>».

Cuando Juan sugirió a Nuestra Señora que él no era la persona adecuada para la misión que le había encomendado; ella respondió simplemente que, aunque muchos otros podrían ser

---

<sup>3</sup> *Nican Mopohua* [*Aquí se cuenta*], números 53-56, páginas 6-7. México, D.F.: Design & Digital Print S.A. de C.V. Traducción (2001): Mario Rojas Sánchez. [De ahora en más, siempre que se cite al *Nican Mopohua*, se lo hará utilizando la traducción española apenas referida.]

<sup>4</sup> Mt. 11, 25.

<sup>5</sup> Mt. 11, 28: «Venid a mí todos los fatigados y agobiados, y yo os aliviaré».

<sup>6</sup> Mt. 11, 29: «Llevad mi yugo sobre vosotros...».

<sup>7</sup> Mt. 11, 30.

capaces de llevar adelante la misión e incluso desarrollarla más eficientemente, ella lo estaba llamando a él para ayudarla. Dijo a Juan Diego:

Escucha, el más pequeño de mis hijos, ten por cierto que no son escasos mis servidores, mis mensajeros, a quienes encargué que lleven mi aliento, mi palabra, para que efectúen mi voluntad; pero es muy necesario que tú, personalmente vayas, ruegues que por tu intercesión se realice, se lleve a efecto mi querer, mi voluntad<sup>8</sup>.

Desde el momento del bautismo, en efecto, Dios tiene un plan para cada uno de nosotros como co-operadores de su Hijo en su viña. Es Nuestra Señora quien —con constante amor materno— nos ayuda a conocer la voluntad de Dios y a realizarla con todo nuestro corazón. Por esto, el Papa San Juan Pablo II, haciendo referencia al significado del nombre de Juan Diego en su lengua natal —Nahuatl—, imploró en la conclusión de su homilía en la Misa de canonización:

¡Amado Juan Diego, «el águila que habla»! Enseñanos el camino que lleva a la Virgen Morena del Tepeyac, para que Ella nos reciba en lo íntimo de su corazón, pues Ella es la Madre amorosa y compasiva que nos guía hasta el verdadero Dios. Amén<sup>9</sup>.

Recemos hoy, de modo particular, por este santuario dedicado a Nuestro Señor y a su Bienaventurada Madre bajo la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe: para que siempre sea un lugar sagrado en el cual la Madre de Dios encuentre a sus hijos en peregrinaje y los guíe a su Hijo Divino, Dios Hijo Encarnado, el único que es su salvación.

Mientras nos regocijamos en la memoria de San Juan Diego, supliquemos —por intercesión de Nuestra Señora de Guadalupe y de San Juan Diego— que estemos dispuestos a lograr cada vez más perfecta y completamente la obra que Nuestro Señor nos confía para la edificación de su Reino, para el fortalecimiento de su Cuerpo Místico, la Santa Iglesia. Pidamos también, por intercesión de Nuestra Señora de Guadalupe y de San Juan Diego, que superemos toda tentación de buscar excusas para no realizar la voluntad de Dios en nuestra vida cotidiana.

En modo particular, recemos por los miembros de la Confraternidad San Juan Diego [*Saint Juan Diego Guild*], por aquéllos que ya son miembros y por aquéllos que serán hoy admitidos: niños, adolescentes, jóvenes que, con San Juan Diego, hacen la voluntad de Dios bajo

<sup>8</sup> *Nican Mopohua*, números 58-59, página 7.

<sup>9</sup> *Ioannes Paulus PP. II, Allocutio, VII: Mexicopoli in canonizatione beati Ioannis Didaci, 31 Iulii 2002, Acta Apostolicae Sedis* 94 (2002), 745, n. 5.

la dirección y con la ayuda de la Bienaventurada Virgen María, la Madre de Dios. Especialmente, la Virgen de Guadalupe enseña a sus fieles mensajeros —San Juan Diego y sus sucesores contemporáneos— a confiar en que las promesas que Dios nos hizo serán cumplidas, solamente si permanecemos siendo sus fieles co-operadores.

Recordemos las palabras con las cuales santa Isabel elogió a la Virgen Madre de Dios en la Visitación: «... y bienaventurada tú, que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor<sup>10</sup>». Bajo la maternal enseñanza de la Virgen María, nosotros —con San Juan Diego— estamos seguros que, incluso cuando el realizar la voluntad de Dios implique sufrimiento y muerte para nosotros, ese es verdaderamente nuestro camino a la salvación eterna que Dios prometió a sus servidores fieles. Es el camino a la felicidad y a la paz en esta vida, y a la plenitud de la felicidad y de la paz en la vida eterna.

Levantemos ahora nuestros corazones, unidos al Corazón Inmaculado de María, hacia el Corazón Eucarístico de Jesús. Gloriémonos en el Señor<sup>11</sup> quien, a través de su Sacrificio Eucarístico, derrama en nuestros corazones desde su glorioso Corazón traspasado, los siete dones del Espíritu Santo. Que nuestros corazones permanezcan siempre en su Corazón Eucarístico, llenos de confianza en que —con la ayuda de su gracia— podemos llevar a cabo todo lo que Dios nos está pidiendo, como lo hizo tan heroicamente San Juan Diego.

*Corazón de Jesús, fuente de vida y de santidad, ¡ten misericordia de nosotros!  
Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de América y Estrella de la Nueva Evangelización, ¡ruega por nosotros!  
San Juan Diego, ¡ruega por nosotros!*

*En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.*

Raymond Leo Cardenal BURKE

---

<sup>10</sup> Lc. 1, 45.

<sup>11</sup> Cf. 1 Cor 1, 31.